

## INDÍGENAS Y CRIOLLOS EN LOS PRIMEROS VERSOS ESCRITOS SOBRE CUBA (FRAY ALONSO GREGORIO DE ESCOBEDO Y SU POEMA LA FLORIDA).

José Antonio García Molina

Aunque hace casi dos años el poeta y periodista Luis Suardíaz publicó una nota sobre el descubrimiento de un poema escrito sobre Cuba una década antes de Espejo de paciencia (1608), todavía el hecho parece ser poco conocido. Para quienes no tuvieron la ocasión de leer la noticia, he aquí su párrafo inicial:

**Los intelectuales españoles Álvaro Salvador –Premio Casa de las Américas de este año— y Ángel Esteban del Campo han dado fin a la antología de poesía cubana que comienza aún antes de Espejo de paciencia (1608) y termina con los bardos nacidos en los setenta del pasado siglo. Los tres primeros volúmenes reproducen la Antología de los siglos XVII al XIX, que publicara la Editora del Consejo Nacional de Cultura en 1965, preparada, anotada, prologada y comentada por José Lezama Lima, pero enriquecida con un aporte singular, pues hallaron en la Biblioteca Nacional de España un extenso poema en octavas reales titulado La Florida, de un viajero peninsular nombrado Fray de Escobedo.(1)**

Efectivamente, se trata de Alonso Gregorio de Escobedo, un fraile franciscano que desde 1587 hasta 1593 ejerció como sacerdote de esa orden religiosa en la misión de La Florida, entonces territorio del reino español. Su extenso poema descubierto hace poco, y titulado La Florida (quizás para honrar al lugar de la misión), posee centenares de versos divididos en “cantos”, en algunos de los cuales se muestra por primera vez en la historia de la poesía en Cuba, la imagen de nuestro país, de la naturaleza cubana y de sus gentes, en un instante todavía fundacional (1598-1599). En particular, los cantos decimoquinto y decimosexto contienen referencias de la realidad cubana obtenidas en forma directa, tales como algunas costumbres y creencias de los indígenas cubanos, con quienes trató personalmente el fraile, cuando ya había transcurrido un siglo de la llegada de Colón a Cuba.

Otros temas diversos hacen del poema La Florida un texto de particular interés, no sólo para los historiadores literarios, sino también para los estudiosos de la historia social, política y económica de Cuba. La esclavitud negra e indígena, el carácter de los criollos, el comercio de contrabando, los asaltos de corsarios y piratas a las naves españolas, las frutas autóctonas y la temprana presencia de otras traídas desde lejos; la existencia de abundante ganado equino y vacuno de modo salvaje en extensas regiones del territorio cubano; la exuberancia y hermosura de nuestros bosques; la calidad de las maderas preciosas y la tala intensiva del ébano y su exportación, etcétera, son algunos de los aspectos que trata o menciona el fraile de Escobedo en su largo poema.

### Cuba: la Isla Dorada.

Al comenzar el canto decimocuarto, donde de Escobedo narra su viaje desde La Española hacia Cuba, aparece la primera referencia interesante: denomina a Cuba “la Isla Dorada”. Dice exactamente que navegaban “para el puerto de Baracoa que es en la Isla Dorada donde está la ciudad de La Habana”(2). En lo adelante, La Habana y Baracoa son mencionadas siempre con sus nombres respectivos, pero de las cuatro veces que cita a Cuba durante su estancia en ella, tres veces sustituye este nombre por “La Dorada”, lo cual nos hace suponer que esta era la denominación más conocida entonces, al menos entre el común de las gentes en el área antillana, ya que el autor del poema se nos manifiesta como testimoniante de una serie de relatos en los que participa junto con soldados, marineros, esclavos y gente de pueblo en general. A lo largo del poema utiliza numerosos términos que aquellos empleaban en su habla común, y es por eso que debemos preguntarnos: ¿Por qué precisamente “isla dorada”?

La respuesta nos la da él mismo en el canto siguiente (decimoquinto), cuando al referirse a Cuba transcribe de modo textual lo que le dicen sus compañeros de viaje al acercarse a la Isla: “**Esta se llama, hermanos, La Dorada, / dijo nuestro cristiano y fuerte bando, / que encierra dentro de sí grande tesoro, / que aunque pobre de gente, no lo es de oro.**”(3) Como vemos, un siglo después del arribo de Colón, cuando según los historiadores hacía más de cincuenta años que Cuba había sido desechada por los españoles como fuente para la obtención de oro, todavía conservaba aquel nombre posiblemente surgido en los años iniciales del siglo xvi, época en que la búsqueda de dicho metal mediante la esclavitud indígena parecía aún una promesa de la tierra.

El verso final revela la escasez de población (criolla de origen hispano) que desde hacía tiempo caracterizaba a la Isla (“pobre de gente”), lo cual reitera en el siguiente canto, cuando repite: “(...) la Dorada / (que así llaman a la isla referida, / aunque pobre de gente y despreciada)”.(4) Es conocido que, desde fines de la segunda década del siglo xvi, había comenzado el éxodo de la población criolla de origen hispano residente en Cuba, hacia tierras inexploradas del continente para buscar oro, plata y otras fuentes de riqueza no encontradas en Cuba con la abundancia deseada. Del mismo modo, desde otras tierras antillanas se producía el éxodo con igual propósito –incluso todavía a fines de ese siglo xvi—de lo cual ofrece también testimonio el fraile de Escobedo en su poema. Según nos cuenta, antes de venir a Cuba este se hallaba en La Española, en una población nombrada “la Yaguana” (actual ciudad de Leogane, afrancesamiento del nombre original “laguana”: “lugar de jaguas o de cuevas”), que se encuentra a veinte kilómetros al oeste de la capital Puerto Príncipe, y cerca de la costa. Allí se hallaba Fray de Escobedo, tal vez cumpliendo misión religiosa en aquella población que él denomina cariñosamente “villa regalada” y “alegre villa”, pues según se sabe en la entonces llamada Santa María del Puerto de Yaguana existía desde 1504 la Iglesia Metropolitana creada por el Papa Julio II, la cual era a la vez cabeza del arzobispado llamado **Hiaguatensis** (“de laguana”, en latín).(5) Estando allí, el fraile de Escobedo es testigo de una expedición rumbo “al Occidente” (o sea, al área continental americana), mediante una nave tripulada por portugueses que hizo escala en la Yaguana. Nos dice al respecto:

*Embarcóse con ellos mucha gente  
que aguardaba ocasión, el punto y hora,  
para hacer su viaje al Occidente,*

*adonde el oro y plata se atesora.  
A todos dio licencia el presidente  
del Rey Philippo, que en la villa mora,  
para poder salir sin pesadumbre  
cuando Apolo les diese clara lumbre.*

*Más de doscientos hombres se embarcaron  
castellanos y gente lusitana,  
con cuatro que obediencia profesaron  
de mi franciscana orden y guzmana.  
La nave con cien negros ocuparon,  
con sus cabellos cual merina lana,  
cuyos amos de Angola los trajeron  
y en Occidente todos los vendieron.(6)*

Sin embargo, a pesar del comienzo temprano y de lo prolongado del éxodo de población hacia el continente, por lo que nos dice Fray de Escobedo, tan conocida era de Cuba entonces su pobreza de habitantes como su condición de isla de gran riqueza, pues no obstante “encierra dentro de sí grande tesoro”.

¿Por qué se repite en el poema la idea de la existencia de oro, si la mayor parte de los historiadores nos dice que ya para fines de ese siglo su extracción no era en Cuba una fuente de riqueza aprovechable (ante todo porque un por ciento muy alto de la fuerza de trabajo indígena vivía oculta en montes, cayos y ciénagas)? Al parecer, además de que los nombres perduran más allá de las razones que los hicieron nacer, lo cierto es que aún existía esta fuente de enriquecimiento mediante la mano de obra esclava, ahora a cargo de los africanos. Dice en el canto decimoquinto:

*El capitán Vizcardo, lusitano,  
de doce negros fuertes se servía,  
que en las aguas que corren al oceano  
sacaban grande suma cada día.  
por caso averiguado, cierto y llano,  
toda la negra gente le ofrecía  
de sol a sol cuarenta y más ducados  
de oro fino en plata conmutados.(7)*

Es un testimonio de primera mano que nos confirma un dato histórico excelente: terminándose el siglo xvi, existían aún en Cuba lavaderos de oro como al comienzo de este... ¡y aún podían obtenerse buenas ganancias con ellos (más de cuarenta ducados en una jornada)! Debemos preguntarnos: ¿Puede asegurarse, entonces, que la emigración masiva de pobladores de ascendencia hispana hacia el área continental se debió, entre otras razones —como se ha dicho— a una comprobada escasez de oro en Cuba desde principios del siglo xvi?

### Con los indígenas de Cuba.

Al salir hacia Cuba desde la Yaguana, en el suroeste de La Española, Fray de Escobedo menciona el paso de su embarcación cerca del cabo San Nicolás (topónimo que se

conserva al noroeste de esa Isla), así como su proximidad a la Punta de Maisí, a la que denomina “Manasí”, según una versión de esa época. Nos dice:

*A Manasí, una punta así nombrada  
nuestro veloz navío fue llegando,  
por dar felice fin a su jornada,  
de entrar en Baracoa procurando.*(8)

No cabe duda de que se refiere a Nuestra Señora de la Asunción de Baracoa, la primera villa fundada por los españoles en Cuba (1511). Es con los indígenas de ese lugar con quienes el fraile tiene trato directo. En aquel momento hacía casi medio siglo que el entonces representante de los reyes españoles en Cuba, el gobernador Gonzalo Pérez de Angulo finalmente había puesto en práctica la orden real de abolir la esclavitud de los aborígenes (1553). Tal vez por esta razón pudo el fraile ver con facilidad cómo eran los indocubanos; cómo cultivaban la yuca y elaboraban el casabe, y sobre todo cómo era su carácter y cuáles creencias aún tenían. Al respecto es notable comprobar cómo a más de un siglo de la irrupción española en la sociedad indígena antillana, estos de Baracoa que convivían con los españoles desde generaciones anteriores (y con quienes habló Fray de Escobedo), cuentan sus tradicionales creencias basadas en una pluralidad de deidades, y describen cómo en el culto a los espíritus de sus antepasados solían llevarles ofrendas de comida a sus tumbas. Dicen los versos:

*Anduve por saber con entereza  
los dioses que los indios adoraban,  
y supe de los viejos por certeza  
que al demonio envidioso respectaban,  
y que solían guardar una simpleza,  
que al difunto comida le llevaban  
un año sin faltar un solo día,  
porque a comer el mísero venía.*

*No cantaré de su costumbre, y ritos  
de sus dioses diré distintamente  
que adoraban, que son casi infinitos,  
locura grande de tan ciega gente.  
(...) (9)*

Por supuesto que Fray de Escobedo no puede pasar por alto en el poema la contrariedad que le producen las prácticas espirituales de los indígenas, expresadas –por lo visto—con tanta convicción por sus interlocutores. Al comentarlas más adelante, califica al indocubano como “idólatra pagano” e “infel indio ignorante”. Nos dice:

*Por faltarle al infiel, claro nos muestra:  
en su mente creía por muy cierto  
ser verdad su opinión, de error maestra,  
por afirmar que come el que fue muerto  
es ciega sin verdad y tan siniestra,  
que no tuvo jamás ningún concierto,  
ni le tuvo ni tiene quien afirma  
tan grande disparate y lo confirma.  
Certísima ocasión del perdimiento*

*del indómito idólatra pagano,  
es carecer de Dios que da sustento  
a todo el miserable ser humano.  
Es su causa eficiente y fundamento,  
y rige mis sentidos con Su mano,  
y me manda la mía scrivas y cante  
verdades del infiel indio ignorante.*

*Dirélas sin torcer un solo paso,  
soyles, por ser cristiano, aficionados  
en decirlas no fui jamás escaso,  
pero quien no las trata me da enfado.  
Si los indios las cuentan es acaso,  
sólo en mentiras ponen su cuidado  
ellas son de su gusto y fundamento,  
y de su alma el triste perdimiento.(10)*

No obstante, su sano afán por relatar todo lo nuevo tal cual lo ve y lo escucha, le impele a seguir informándonos.

Otras creencias y costumbres de los aborígenes cubanos, también interesantes, nos ofrecen detalles reveladores, incluso para los estudiosos de hoy. Tales son la adoración de ellos al arcoiris y a las siete estrellas principales de las Pléyades (“cabrillas”), de lo cual poco o nada se ha hablado con relación a los indígenas de Cuba:

*Es del indio tan grande la rudeza,  
que adoraba del sol el rayo ardiente  
por sólo ser mayor en su grandeza,  
que los demás planetas de Occidente.  
De la luna adoraban la belleza  
por verla que salía en el Oriente,  
y cuando se asomaba a sus balcones  
la adoraban de puros corazones.*

*Y al arco que mostró Dios en la altura,  
por el cual su palabra dio infalible  
de no anegar su humilde criatura,  
adoraban con término apacible.  
Y del lucero claro la hermosura,  
y al trueno cuyo estrépito es terrible  
y a las que tienen nombre de cabrillas,  
adoraban hincadas las rodillas.*

*Adoraban el mar, el cielo y tierra,  
y de menuda arena los montones,  
y con esto a sus almas hacían guerra  
por apartar de Dios sus corazones.  
En tal adoración también se encierra  
adorar las corrientes y peñones,  
los montes y los cerros y las fuentes,  
todas adoraciones de insipientes.(11)*

Con estos versos, Fray de Escobedo se convierte en el cronista del siglo xvi que más información ha ofrecido sobre las creencias de los indígenas cubanos. Ni siquiera Las Casas, que tan cerca estuvo de nuestros antepasados aborígenes, nos dio tan valiosos y precisos detalles sobre las creencias de los indocubanos.

En descargo de tantas “paganas idolatrías”, Fray de Escobedo tiene la indulgencia de atribuir dichas ideas religiosas a los indígenas “viejos”, o sea, a los de antes, pues “*los indios de ahora --dice-- están contritos, / y guardan la doctrina refulgente / de la iglesia de Dios con gran respeto / teniéndola en el alma por objeto.*” (12)

Como se sabe, tal conversión a las ideas de la religión cristiana por parte de los indígenas del siglo xvi, era sólo posible en la mente y en los sanos deseos del ingenuo fraile. Al respecto es curiosa la alusión directa que Fray de Escobedo hace a la altivez de carácter de los indígenas cubanos, quienes durante la esclavitud solían suicidarse para evadirla. Cuando se refiere a la obtención de oro que ellos hacían antes como esclavos, declara:

*Sacábanle los indios de Occidente  
cuando fue la Dorada descubierta,  
y por tratarles mal los del Oriente  
a la muerte se entraban por la puerta,  
amando el cruel rigor de su accidente  
aunque al varón más fuerte desconcierta,  
por tener por mejor el indio altivo  
poner fin al vivir que ser captivo.*(13)

Uno tras otro, a pesar de su discrepancia religiosa con los indígenas “viejos”, el fraile de Escobedo nos va describiendo los valiosos rasgos de su carácter. “Belicoso indio y fiel soldado”, le llama con franco regocijo a los indígenas que amistosamente los recibieron al llegar a Baracoa. De igual modo subraya en otra estrofa algunos rasgos característicos de los taínos de Cuba, tales como la absoluta obediencia a sus caciques, su carácter caritativo, su humildad y su condición de hombres pacíficos entre sí. Pensando en estos rasgos tan definidos de nuestra idiosincrasia, cabe que nos preguntemos: ¿es casual que dichos rasgos apunten a lo que después devino como peculiaridades del campesino cubano?

*Sujetan la cerviz a la obediencia  
de su gobernador, sin faltar punto,  
y a sus mandatos no hace resistencia,  
y son de caridad vivo trasunto.  
Tienen de todo pobre gran clemencia,  
con más puntualidad que yo lo apunto,  
y guardan entre sí la paz del cielo,  
dada para los hombres deste suelo.*(14)

Llamo la atención al respecto porque a veces en el poema se combina el personaje indígena con los descendientes de españoles. Desde décadas atrás estos últimos venían naciendo en Cuba, y por lo tanto constituían hacía tiempo una masa de población criolla, íntimamente relacionada con los indígenas y en muchos casos mezclada genéticamente con ellos.

### Indígenas y criollos.

Al arribar al puerto de Baracoa, Fray de Escobedo y sus acompañantes fueron recibidos alegremente por los indígenas del lugar, quienes los colmaron de regalos de bienvenida, sobre todo de maravillosas frutas tropicales que enseguida el fraile se detiene a describir con deleite, antes de relatar sus experiencias subsiguientes en esa villa. Llama la atención que fueron los indígenas y no los criollos (descendientes de españoles) quienes los recibieron en el puerto; y más aún, que lo hicieron a la usanza indígena: entregando abundantes frutas –entre otros obsequios—como solía hacerse en la etapa de las comunidades taínas anteriores a su destrucción por la esclavitud.

De nuevo estamos aquí ante la visible permanencia de rasgos típicos de la comunidad aborigen en el modo de vivir de estos indígenas, quienes a la vez, por su contacto directo con la población criolla de Baracoa, ahora usaban vestimentas a la usanza de estos (los indígenas “*para trabajar se despojaban / porque el vestido con sudor manchaban*”)(15) y por lo visto también hablaban español. ¿Qué nos revela esta novedad indígena del vestir y del hablar a la usanza española en contraste con otras costumbres de los “criollos” adoptadas del indígena, que a continuación veremos? Nos hablan del proceso de transculturación que se llevaba a cabo entre indígenas y españoles a fines del siglo xvi; nos dan una idea de cómo se manifestaba ese proceso complejo en la población baracoense en particular, que bien pudiera considerarse un ejemplo de lo que sucedía paralelamente en otros lugares de Cuba. He aquí uno de los valores que posee el poema de Escobedo, entre muchos otros, para los estudios históricos y culturales cubanos.

Cuenta el fraile que al llegar a Baracoa, “*Del pueblo gran regalo recibimos, (...)*”(16), y casi enseguida:

(...)  
*En Baracoa juntos estuvimos  
con mucho regocijo y desenfado;  
mil regalos y gustos recibimos  
del belicoso indio y fiel soldado,  
(...) (17)*

No cabe duda de que, en este caso, al decir “pueblo” se refiere a los indígenas; estos son para él el pueblo de Baracoa. Deben de haber representado, por lo tanto, una mayoría abrumadora del total de la población en la villa y sus alrededores en ese momento. De lo contrario, Fray de Escobedo no les hubiera denominado “el pueblo”. Podemos imaginarnos, entonces, cuán interesante sería el proceso de transculturación que se estaba llevando a cabo allí, y que se prolongaría por tres siglos más, entre la población criolla descendiente de españoles y la población autóctona de los indígenas (a lo cual se sumó la población de origen africano, como se sabe). La proporción era: una mínima cantidad de habitantes criollos descendientes de peninsulares, representantes de una tercera o cuarta generación de individuos nacidos ya en Cuba (que no conocieron nunca el suelo español y que tanto sus intereses económicos como su hablar daban señales de una identidad que empezaba a diferenciarse de la española), en convivencia más o menos directa con una masa considerable de población aborigen, autóctona desde

varios siglos antes del arribo de Colón, y por tanto conocedora palmo a palmo de todos los secretos de esta tierra, e incluso de los secretos de sus ancestros.

Siguiendo la lógica anterior podemos preguntarnos: ¿cuánto de las costumbres indígenas y de sus formas de proceder en los más variados aspectos de la vida cotidiana no estarían en aquella época incorporadas al quehacer diario y a los hábitos de los criollos de ascendencia hispana? ¿No eran muchos de aquellos indígenas ya, criollos ellos mismos, no sólo por su mestizaje cultural sino en ciertos casos también por su mestizaje sanguíneo? El fraile de Escobedo no se refiere a esto, lógicamente, pero ofrece pautas que hoy nos invitan a pensar en ello.

Lo primero que a él le asombra es el casabe que hacen los indígenas, al cual le dedica ocho estrofas en su poema. Describe la técnica para su cultivo, su cosecha, la singular preparación de las tortas, sus propiedades y la forma en que debe consumirse. Llama la atención, por cierto, la alusión que hace sobre el empleo de la piel de levisa (un tipo de pez) como rallador de la yuca, en lugar del guayo (que se emplea todavía), lo cual denota la permanencia de una variante técnica hace mucho en desuso y empleada antiguamente para ese fin. A continuación se refiere al palmito, que es el cogollo de la palma real utilizado por los indígenas como alimento, pero en este caso empleado por los criollos también para comer:

*Cortamos un palmito (es cosa cierta)  
que admirará si acaso lo refiero,  
que abrió a treinta hombres franca puerta  
para comer, del último al primero;  
y aunque su gusto a más comer despierta,  
afirmo yo que atrás quedé postrero,*

*No son cual los de España los palmitos,  
son palmas de diez brazos en altura,  
que los que cortan quedan tan aflictos  
que se suelen quitar la vestidura:  
guardan en la dejar antiguos ritos  
imitando a los indios de cordura,  
que para trabajar se despojaban  
porque el vestido con sudor manchaban.(18)*

Obsérvese que es indígena también no sólo la costumbre de comer palmito, sino que la forma de proceder para obtenerlo es, como él mismo dice, guardando “antiguos ritos”, o sea, tradiciones, e “imitando a los indios”.

A continuación Escobedo nos deleita con los comentarios sobre las frutas que se encuentra, entre las que señala no sólo las indígenas guayabas, piñas, mameyes y papayas, sino además otras venidas con los europeos y acriolladas hacía tiempo al finalizar el siglo xvi. Tales son los plátanos, los aguacates, las naranjas y otros cítricos:

*Guayaba vi infinita que madura  
es su comer dulcísimo y sabroso,  
y plátanos maduros de dulzura  
que tienen el sabor maravilloso,  
y piñas cual de pino su figura,*

*que quien los come queda tan gustoso  
que de fruta el sabor más regalado  
dejará por comer este bocado.*

*De naranjales vi tanta maleza  
que parece ser número infinito  
cada naranja como una cabeza.  
En toda la montaña y su distrito  
verlas cuando maduran es belleza.  
Doy gracias al Señor sancto y benedito  
a cuya adoración provoca y llama  
no sólo el cielo, más la verde rama.*

*Por el monte verá quien tiene cuenta  
infinidad de limas y limones,  
que a la vista el remedio le presenta  
por que le tengan todas sus pasiones.  
Verá cidra y toronja que acrecienta  
gran gusto en afligidos corazones;  
comerá del mamey, fructo gustoso  
a los melocotones comparado,  
colorado cual ellos y oloroso;  
tiene dos huesos, uno en cada lado.  
Verá el papayo, árbol muy vistoso,  
su sabor al mastuerzo asimilado,  
aguacate es comida regalada,  
cual manteca de vacas extremada.(19)*

Le sigue la descripción de otra costumbre --de igual procedencia indígena y derivada de la palma-- que pervive hasta la actualidad: la confección de catauros (cestas) denominados por él "canoas" o "canoillas", a partir de las yaguas de la palma. Este catauro, especie de contenedor de uso múltiple para los indígenas y para sus descendientes (los campesinos cubanos después), es el mismo cuyo nombre universalizó Fernando Ortiz al utilizarlo para denominar uno de sus textos donde acopió vocablos raigalmente criollos: Un catauro de cubanismos (1923). Así menciona Fray de Escobedo uno de los usos del catauro:

*De las palmas que dejo atrás citadas,  
son las camisas de un palmito,  
del tiempo envejecido derivadas,  
sujetas a su duro yugo y rito.  
Déllas son canoillas fabricadas  
en toda aquella costa y su distrito,  
en que pasa su ropa nuestra gente  
en llegando a la orilla del torrente.*

*Cuando se hallare junto de la orilla  
aunque tan honda como el mar oceano,  
su caballo el jinete desensilla  
y deja sin camisa el cuerpo humano.  
Ver la fuerza del río es maravilla,*

*cuyo rápido curso es inhumano,  
pero las dos columnas españolas  
bastan para cortar del mar las olas.*

*Ponen en la canoa su vestido,  
atándole un cordel en un lado,  
y el nadador le lleva al diente asido  
y en el torrente entra acelerado.  
Pasa como animoso y atrevido  
Y da bordos con uno y otro lado,  
y después de llegado a la otra parte  
al suelo su vestido da y reparte.(20)*

Mas no sólo a la palma dirige su mirada; también dedica elogiosos versos a la ceiba, a la majagua y al ébano, de los que celebra sus cualidades, al tiempo que describe sus usos, que son también —por cierto— de tradición indígena, como la obtención del fuego por fricción de la madera (descrita por Las Casas en su Apologética historia sumaria, capítulo xiii) y la confección de sogas a partir de su corteza:

*Sirve de pedernal, que da fuego  
y asimismo de yesca, pues enciende.  
Es también eslabón que hace fuego  
que saque clara luz quien la pretende.  
Para sacarla fue ocasión mi ruego;  
trato verdad si hubiere quien la entiende,  
sácanla con dos palos y provoca  
a dar lumbre uno déellos donde toca.*

*Como salió la luz quedé admirado  
y es de admirar un caso semejante;  
y llegándose al árbol un soldado  
sacó una gran corteza en un instante,  
y délla una gran sogá ha fabricado,  
cual moroma finísima flamante  
de tal grosura y tanta fortaleza  
que del mar resistiera la braveza.(21)*

Otras prácticas de los criollos —esta vez de tradición española— son del mismo modo presentadas con gusto y con largueza por el fraile: la caza de caballos salvajes y la persecución de toros montaraces para desjarretarlos y descuerarlos. Fray de Escobedo da a su poema un vuelo épico cuando dibuja las escenas en que se funden el ser humano y la naturaleza que le rodea; y en ellas, como protagonista, “el bravo criollo”: “¡O valor de criollo a maravilla! / De buena cepa nunca mala rama: / Si vuestro abuelo y padre siempre fue valiente; / vos lo mostrates (sic) ser a nuestra gente.”(22).

Vuelve a llamarnos la atención cómo al pintar el carácter de los criollos, parece que nos habla del campesino cubano que hemos conocido a lo largo de toda nuestra historia, por esa peculiaridad suya del desprendimiento y la generosidad que ya Bartolomé de Las Casas había elogiado en los indígenas, al poner ejemplos de las “buenas inclinaciones” (...) “mansedumbre, humildad, modestia y benignidad naturales” de los mismos, “dotados de bondad natural” (23). Reiteradamente aparecen en los escritos de Las Casas

descripciones sobre las muestras de hospitalidad y prodigalidad con que los indígenas de todas partes trataban a sus huéspedes aun ocasionales. Aquellos, decía, “son en gran manera benévolo y dulces y benignos, lo cual manifiestan en recibir los huéspedes (...)”. “En la Nueva España (actual México), cuando les viene algún huésped, desta manera le reciben, conviene a saber: *A vuestra tierra y a vuestra casa venís, en ella podéis estar, no os ha de faltar nada;* y si es persona principal: *Vuestros vasallos y criados somos, bien nos podeis mandar.*”(24)

Compárese lo anterior con el siguiente retrato que Fray de Escobedo nos presenta del criollo cubano y de su hospitalidad:

(...)

*La gente es dadivosa y tan cumplida  
que da con mucho gusto lo que tiene  
al caminante que a su casa viene.*

*Aunque nuestro español vaya de paso,  
le darán diez caballos con presteza.  
Ningún criollo muestra ser escaso;  
por su señora tiene a la largueza,  
y si llegan diez huéspedes acaso,  
los regalan y dan de su pobreza,  
un día, dos y diez, cincuenta o ciento,  
y les sirven con gusto y gran contento.*(25)

¿De quién se nos habla aquí: del indígena, del criollo descendiente de españoles o del campesino cubano que se ha distinguido hasta los tiempos actuales por su proverbial generosidad? (Obsérvese que el personaje español está diferenciado del criollo.) He aquí, pues, lo más interesante del asunto; lo más revelador: los tres personajes parecen el mismo, porque en verdad nuestro campesino actual, el mejor representante de **lo cubano**, es resultado de una síntesis transcultural en la que intervinieron esencialmente el indígena y el español, a los que se sumó después (sobre todo desde el siglo xix) el africano.

Una vez más la literatura artística sirve como fuente para la investigación histórica y cultural. Pero queda mucho por buscar aún en los interesantes y copiosos versos que nos ha dejado el fraile de Escobedo en su gran poema La Florida. En este podrán bucear con gusto, como se ha dicho al comienzo, no sólo los investigadores de la literatura cubana y antillana, sino también los historiadores de la economía y de otras ciencias. Sabrán del majá de siete metros de largo cazado y embalsamado con heno en Baracoa (al que “el vulgo” --¿los indígenas?-- le rendía culto); sabrán de las tiñosas, de las tortugas, de la frondosidad de los bosques... En fin, queda mucho por buscar y por encontrar en la fronda que representa el poema La Florida, del que sólo hemos comentado varios cantos. Y nada hemos dicho, tampoco, del uso del lenguaje; de los términos de procedencia indígena que con la mayor fluidez surgen en el habla del fraile de Escobedo, como si él mismo fuera ya --no hay que dudar que lo fuera-- un criollo de estas tierras.

NOTAS:

(1) Periódico **Granma**, 19 de abril de 2002.

- (2) Canto xiv, Introducción.
- (3) Canto xiv, penúltima estrofa.
- (4) Canto xv, estrofa 7.
- (5) Vega, Bernardo: Los cacicazgos de La Hispaniola, Fundación Cultural Dominicana. Santo Domingo, República Dominicana, 1987, pp. 68 y 80.
- (6) Canto xiv, estrofas 24 y 25.
- (7) Canto xv, estrofa 8.
- (8) Canto xiv, penúltima estrofa.
- (9) Canto xv, estrofas 55 y 56.
- (10) Canto xvi, estrofas 2, 3 y 4.
- (11) Canto xvi, estrofas 5, 6 y 7.
- (12) Canto xv, antepenúltima estrofa.
- (13) Canto xv, estrofa 9.
- (14) Canto xv, penúltima estrofa.
- (15) Canto xv, estrofa 19.
- (16) Canto xiv, última estrofa.
- (17) Canto xv, estrofa 6.
- (18) Canto xv, estrofas 18 y 19.
- (19) Canto xv, estrofas 20, 21, 22 y 23.
- (20) Canto xv, estrofas 24, 25 y 26.
- (21) Canto xv, estrofas 47 y 48.
- (22) Canto xv, estrofa 39.
- (23) Las Casas, Bartolomé: Apologética historia sumaria, capítulo cxcviii. En: M. Serrano y Sanz: Historiadores de Indias, tomo I. Bailly-Balliere e Hijos. Madrid, 1909, p. 519.
- (24) Ídem, capítulo xxxvii; p. 95.
- (25) Canto xv, estrofas 28 y 29.

## BIBLIOGRAFÍA:

- Bustamante, Luis J.: Enciclopedia popular cubana, volumen I. Cultural, Sociedad Anónima, La Habana, 1942.
- Escobedo, Alonso Gregorio de: La Florida, cantos xiv al xvii, 1598-1599 (enviados por vía electrónica como cortesía del Profesor Ralph Bauer, del Departamento de Inglés de la Universidad de Maryland, Virginia, EE.UU.).
- Las Casas, Bartolomé de las: Apologética historia sumaria. En: M. Serrano Sanz: Historiadores de Indias, tomo I. Bailly-Balliere e Hijos Editores. Madrid, 1909.
- Idem: Historia de las Indias, volúmenes I y II. Ediciones del Continente, S.A. República Dominicana, Santo Domingo, 1985.
- Roig y Mesa, Juan Tomás: Diccionario botánico de nombres vulgares cubanos, volumen II. Editorial Pueblo y Educación, La Habana, 1975.
- Vega, Bernardo: Los cacicazgos de La Hispaniola, Fundación Cultural Dominicana, Santo Domingo, República Dominicana, 1987.